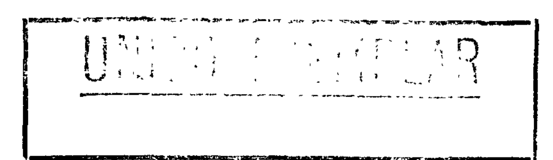
Nº 16 — TOMO 61 * 22 DE JULIO DE 1985





REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL

PRIMER PERIODO ORDINARIO DE LA XLII LEGISLATURA

16ª SESION ESPECIAL Y SOLEMNE

PRESIDE EL DOCTOR ENRIQUE TARIGO
(Presidente)

ACTUAN EN SECRETARIA EL SEÑOR MARIO FARACHIO Y EL DOCTOR HORACIO D. CATALURDA

SUMARIO

1) TEXTO DE LA CITACION

"Montevideo, julio 17 de 1985.

LA ASAMBLEA GENERAL, se reunirá en sesión extraordinaria, a solicitud de varios señores legisladores, el próximo lunes 22, a la hora 18 y 30, en conmemoración del Centenario del nacimiento del doctor Luis Alberto de Herrera.

LOS SECRETARIOS"

2) ASISTENCIA

ASISTEN los señores senadores **Gonzalo Aguirre Ramírez, José Germán Araújo, Hugo Batalla, Jorge Batlle, Pedro W. Cersósimo, Carlos W. Cigliuti, Juan Carlos Fá Robaina, Juan Raúl Ferreira Sienra, Manuel Flores Silva, Guillermo García Costa, Raumar Jude, Luis Alberto Lacalle, Carminillo Mederos da Costa, Dardo Ortiz, Eduardo Paz Aguirre, Carlos Julio Pereyra, Luis Bernado Pozzolo, Américo Ricaldoni, A. Francisco Rodríguez Camusso, Uruguay Tourné, Alfredo Traversoni, Francisco Mario Ubillos, Juan J. Zorrilla y Alberto Zumarán**; y los señores representantes **Nelson R. Alonso, Guillermo Alvarez, Juan Justo Amado, Abayubá Amen Pisani, Oscar Amorín, Roberto Asiaín, Héctor Barón, Javier Barrios Anza, Juan A. Bentancur, Edgard Bonilla, Federico Bouza, Alberto Brause, Mario Cantón, Cayetano Capeche, Tabaré Caputi, Carlos A. Cassina, Washington Cataldi, Juan Pedro Ciganda, Julio E. Daverede, José Díaz, Luis A. Espinosa, Yamandú Fau, Francisco A. Forteza, Rúben E. Fray Gil, Juan J. Fuentes, Alem García, Washington García Rijo, Héctor Goñi Castelao, Hugo Granucci, Ramón Guadalupe, Luis Alberto Heber, Luis A. Hierro López, Marino Irazoqui, Walter Isi, Luis Ituño, Eduardo Jaurena, Raúl Lago, Daniel Lamas, Héctor Lescano, Ricardo Lombardo, Oscar López Balestra, Nelson Lorenzo Rovira, Jorge Machiñena, Oscar Magurno, Julio Maimó Quintela, Antonio**

Marchesano, Luis José Martínez, Eden Melo Santa Marina, Pablo Millor, León Morelli, Carlos E. Negro, Juan A. Oxacelhay, Ope Pasquet Iribarne, Ramón Pereira Paben, Carlos Pita Alvariza, Lucas Pittaluga, Elías Porras, Baltasar Prieto, Alfonso Requiterena Vogt, Edison Rijo, Gilberto Ríos, Héctor Lorenzo Ríos, Ricardo Rocha Imaz, Carlos Rodríguez Labruna, Hebert Rossi Pasina, Walter Santoro, Yamandú Sica Blanco, Jorge Silveira Zavala, Carlos Norberto Soto, Guillermo Stirling, Héctor Martín Sturla, Víctor Vaillant, Gustavo Varela, Tabaré Viera y Alfredo Zaffaroni Ortiz.

FALTAN con licencia, los señores representantes **César Brum, Víctor Cortazzo, Oscar Gestido y Carlos Rossi.**

Con aviso el señor senador **Juan A. Singer** y los señores repesentantes **Jorge Andrade, Nelson Arredondo, Honorio Barrios Tassano, Carlos Bertacchi, José Cerchiaro, Jorge Conde, Eber Da Rosa, Rubens Francolino, Arturo Guerrero y Ariel Lausarot.**

Sin aviso, los señores senadores **Eugenio Capeche, José Pedro Cardoso, Enrique Martínez Moreno, Juan Martín Posadas y Luis A. Senatore**; y los señores representantes **Numa Aguirre Corte, Ernesto Amorín, Marcelo Antonaccio, Raúl Cazabán, Ruben Escajal, Carlos Fresia, Carlos Garat, Oscar Lenzi, Juan Pintos Pereira, Yamandú Rodríguez, Raúl Rosales, Andrés Toriani y Edison Zunini.**

3) SOLICITUD DE SESION

SEÑOR PRESIDENTE. — Habiendo número, está abierta la sesión.

(Es la hora 19 y 8 minutos).

Dése cuenta de una solicitud de sesión.

(Se da de la siguiente:)

"Varios señores legisladores solicitan se cite al Cuerpo a fin de considerar el asunto que en el mismo se menciona".

Léase.

(Se lee:)

"Montevideo, 3 de julio de 1985

Señor Presidente de la Asamblea General,

Dr. Enrique Tarigo.

Presente.

De mi mayor consideración:

El 22 de julio de 1973 se cumplió el primer Centenario del nacimiento del Dr. Luis Alberto de Herrera. La dictadura implantada un mes antes en el País y que como primera medida de arbitrariedad disolvió el Parlamento, impidió que el Poder Legislativo conmemorara dignamente dicha fecha.

El próximo 22 de julio será el primero que se recuerde nuevamente al amparo de la ley y la Constitución. Por ello consideran los suscritos que a trece años de distancia, la Asamblea General debe reunirse para homenajear a quien —más allá de las banderas políticas— representa una de las esencias de la Patria.

Por lo tanto solicitamos (art. 3º del Reglamento de la Asamblea General) se cite a la Asamblea General para que se reúna en sesión solemne de conmemoración del Centenario del Dr. Luis Alberto de Herrera, el próximo lunes 22 de julio del corriente año, a las 18 horas.

Sin otro particular, saludamos a usted muy atentamente.

Francisco M. Ubillos. Luis Alberto Lacalle Herrera. Uruguay Tourné, Dardo Ortiz, Alberto Zumarán, Jorge Machiñena. Héctor Barón. Martín Sturla. Luis Alberto Heber, Walter Santoro, Ricardo Rocha Imaz, E. Amorín. Luis Martínez. Jorge Silveira Zabala. J. Barrios Anza. Rubens Francolino. León Morelli. Alem García, J. A. Oxacelhay, Dardo Ortiz, Carlos M. Garat. Luis Alberto Espinosa. Numa Aguirre. Edgard Bonilla, Rubén Escajal, Carlos Fresia, Héctor Goñi, Marino Irazoqui, Luis Ituño, Gustavo Varela, Oscar López Balestra. Elías Alberto Porras. A. Requiterena, Lorenzo Ríos, Alfredo Zaffaroni, Rodríguez Labruna. Raúl Rosales. Edison Zunini. Carlos Pita. Juan J. Fuentes. Julio Maimo. Legisladores."

SEÑOR PRESIDENTE. — Se va a votar.

(Se vota:)

—78 en 78. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

4) ASUNTOS ENTRADOS

SEÑOR PRESIDENTE. — Dése cuenta de los asuntos entrados.

(Se da de los siguientes:)

"El legislador Juan A. Singer comunica la imposibilidad de concurrir".

"El legislador Ruben Francolino expresa su adhesión al no poder concurrir a la sesión de hoy".

"La Mesa da cuenta que entre los días 25 al 27 del corriente mes estará en nuestro país en visita oficial, el señor Presidente de la República Dominicana don Salvador Jorge Blanco y que entre los días 12 al 14 de agosto próximo, realizará su visita oficial a nuestro país el señor Presidente de la República Federativa de Brasil don José Sarney".

5) ASAMBLEA GENERAL. Sesiones especiales y solemnes

SEÑOR PRESIDENTE. — Léase una moción que se ha hecho llegar a la Mesa.

(Se lee:)

"Mocionamos para que se convoque a la Asamblea General, en sesión especial y solemne: para el día jueves 25 de julio, a la hora 17 y 45, a fin de recibir y oir un mensaje del señor Presidente de la República Dominicana don Salvador Jorge Blanco; y para el día martes 13 de agosto, a la hora 11 y 15, a fin de recibir y oir un mensaje del señor Presidente de la República Federativa de Brasil don José Sarney.

Gonzalo Aguirre Ramírez. Alfredo Traversoni. Luis Alberto Lacalle Herrera, Jorge Batlle, Carlos W. Cigliuti. Carlos Julio Pereyra. Eduardo Paz Aguirre. Ricardo Rocha Imaz. Legisladores".

SEÑOR PRESIDENTE. — Si no se hace uso de la palabra, se va a votar la moción para que la Asamblea General se reúna los días jueves 25 de julio y martes 13 de agosto, por los motivos indicados.

(Se vota:)

—80 en 80. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

6) CONMEMORACION DEL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL DOCTOR LUIS ALBERTO DE HERRERA

SEÑOR PRESIDENTE. — Para referirse a la figura del doctor Luis Alberto de Herrera en conmemoración del centenario de su nacimiento, tiene la palabra el señor legislador Barón.

SEÑOR BARON. — Señor Presidente: tengo el alto honor de hablar en nombre del Consejo Nacional Herrerista en esta Asamblea General que debió reunirse el 22 de julio de 1973, fecha en que efectivamente se conmemoraron los cien años del nacimiento del caudillo, y aunque Herrera tuvo su homenaje, porque el Partido tuvo, en la clandestinidad, más vigencia que nunca, no olvidaremos jamás que su recordación no pudo hacerse en este ámbito, que también fue el suyo, porque ese dia este Poder, estas Salas que albergan las expresiones más genuinas del sentir popular, estaban profanadas por la más ignominiosa de las dictaduras, si es que alguna no lo es.

Doce años de prepotencia e irracionalidad, familias enteras destrozadas por la muerte y el exilio, tergiversación de los más puros principios de libertad y patriotismo, desesperanza de toda una generación frustrada por la arbitrariedad, aniquilamiento sin piedad de la producción y la economía nacional... son el saldo que estos años han dejado... Hoy conmemoramos a Herrera, quizá su ejemplo nos permita recuperar algo de lo que hemos perdido.

No hubiera sido yo quien tuviera el honor de dirigirse a ustedes en tan magna fecha, quizá alguno de los hombres que hoy se encuentran en esta Sala, cualquiera lo hubiera hecho mejor que yo, pero se me ocurre, y estoy seguro de no equivocarme, que Mario... sí, nuestro muy querido e inolvidable Mario Heber —nadie más herrerista que él— habría hablado en nombre de nuestro grupo, pero además tengo la convicción de que Herrera así lo hubiese querido.

Recordar a Herrera es algo que emociona, más allá de toda descripción, a quienes vivimos el ideario de ese hombre que no podemos limitar al patrimonio de un partido, ni siquiera de un país. Es un prohombre de las naciones americanas y pertenece a todos los pueblos sometidos a la dependencia y al subdesarrollo, porque su accionar lo hizo ciudadano de esas patrias.

No queremos, por lo tanto, que nuestras palabras sean sólo de recordación, queremos que sean una contribución a descorrer el espeso velo que intereses adversos han tendido sobre una faceta fundamental en la vida de Herrera, como fue su preocupación y su lucha por la dignificación y el mejoramiento de los trabajadores. Aquellos, a quienes dedicó lo mejor de sus esfuerzos; devoción la suya por privilegiar los sectores más desposeídos, más desamparados. Fue en esa fragua que forjó su espíritu, marcando a fuego en sus años mozos, lo que sería luego el motivo fundamental de su existencia, a través de su dilatada vida al servicio de la causa nacional.

Sesenta y cinco años de actividad pública, exponiéndose diariamente a los juicios más adversos, porque tomó posición en todo aquello que afectara a la República, no hubo acontecimiento nacional o internacional que le fuera indiferente; las cosas de su tierra lo encontraron siempre como un protagonista principalísimo.

Como el arte, el tiempo y la distancia nos permiten apreciar mejor su verdadera dimensión . Tomemos en cuenta que cuando Herrera comienza a gravitar en la vida pública, el mundo aún estaba por conocer los primeros automóviles y cuando muere el hombre surcaba el espacio.

Reflexionemos sobre su increible capacidad para adaptarse a los tiempos, que le permitió actuar en un período tan largo y tan cambiante, pues nunca cambió tanto y tan rápido el mundo, como en esa época.

Sin embargo el pensamiento y el accionar de Herrera mantuvo y mantiene actualidad y vigencia.

Tan vigentes a fines del siglo pasado, cuando el país daba sus primeros pasos como Estado independiente como cuando muere, ya pasada la mitad del siglo XX.

La vida política de Herrera, se puede afirmar que no tiene parangón. Ningún otro líder influyó como él durante tanto tiempo, sin haber ocupado jamás el poder. Nadie hubiera podido mantener su Partido en pie como él lo hizo.

Su derrotero fue la patria y su gente y su querido Partido Nacional.

Comienza, junto a las montoneras gauchas por defender los derechos de su Partido y junto a tantos héroes, muchos de ellos anónimos, ofrece su sangre en defensa de las más puras reivindicaciones. Así desembarca con Diego Lamas y se une a las huestes saravistas en 1897. Luego vuelve, junto al Cabo Viejo inmortal, en 1904.

En esas gestas heroicas pasa peligros y penurias; vive en su carne y su alma las desdichas del pueblo y ello sellará un pacto que jamás se romperá. Vivirá para y por su pueblo y éste no lo abandonará jamás, porque lo supo intérprete de su voluntad.

Podemos afirmar que sin Herrera muchos años más ¡quién sabe cuántos! hubiera vivido el país bajo la incertidumbre, la arbitrariedad y las guerras fratricidas.

Esa comunión con su pueblo y sus designios, es la que impulsa su lucha en defensa de la soberanía y la autodeterminación. Nadie más que él comprendió que el destino de los pueblos iberoamericanos, dependía de que encaráramos unidos el futuro y que esa unidad, respetuosa de la individualidad de cada nación, era el único camino para enfrentar a los poderosos y hacer respetar el derecho de nuestras naciones.

Fue atacado y calumniado por los entreguistas de siempre y por los oportunistas dispuestos, como el Fausto, a vender su alma al diablo.

Condenó la invasión a Méjico y proclamó la neutralidad durante la primera guerra mundial. Cuando nadie vertía una opinión, suya fue la voz que se levantó defendiendo la causa de Sandino y condenando su asesinato.

Contra la calumnia y la mentira organizadas, luchó por la dignidad del país, exigiendo la neutralidad en un conflicto que nos era ajeno, la segunda guerra mundial.

Si hoy no tenemos bases militares extranjeras manchando nuestro suelo se lo debemos a Herrera, pues durante los días confusos y trágicos de 1942 puso su vida en la lucha contra ese intento de intervencionismo, acompañado de aquella juventud del partido que con él resistían los gritos iracundos de "Herrera a la cárcel". Me siento honrado en contar como mis pares algunos de aquellos jóvenes del 42.

Más allá de toda pasión, de la que no es fácil prescindir, hoy podemos afirmar que no puede pensarse en una política internacional para el Uruguay y para Latinoamérica misma, que prescinda del pensamiento herrerista pues éste fue el campeón de la integración latinoamericana, de la autodeterminación de los pueblos y de la soberanía nacional.

Esos ideales los plasmó también en su producción literaria donde en un lapso de 54 años escribió y publicó 26 títulos en 29 volúmenes y cuatro folletos.

Un total de diez mil páginas impresas.

Toda su producción literaria tiene un mismo rumbo, el mismo que guió su vida como reinvidicador de los sectores más necesitados. Formidable escritor, de los más grantes historiadores rioplantenses, es uno de los grandes del Revisionismo Histórico. Esta faceta de su vida

que ha sido cuidadosamente oscurecida por sus detractores debe llenar de orgullo a todos los uruguayos, sin distinción de banderías políticas.

En el Cuarto Congreso de Historia Americana, realizado en Santiago de Chile, en 1950, ante 272 delegados de todas las naciones, fue proclamado "Padre del Revisionismo Americano".

A esta hora cabe una reflexión: no hay duda de que como dijimos al principio Herrera y su vida de servicio desbordan los cauces de un partido; es un prohombre de la patria. ¿Por qué entonces tan pocos conocen sus pensamientos y su accionar? ¿Por qué en nuestras Casas de Cultura que tanto quiso, no se difunde su obra?

Grande será también nuestro asombro cuando enfoquemos a Herrera en el plano de las reivindicaciones sociales.

También en este campo su obra es pionera. Comienza a plasmarse en 1905, cuando accede por primera vez a la Cámara de Diputados, junto a Carlos Roxlo. Así es como revolviendo nuestros papeles, encontramos un proyecto de ley que presentara el 23 de febrero de ese año que constituye un verdadero Código de Legislación del Trabajo increíblemente completo, que contiene institutos de protección al obrero que serán consagrados en nuestra legislación 20, 30 o 40 años después. En sus 8 capítulos se preveía: seguro de accidentes de trabajo, donde se consagraba indemnización por incapacidad o muerte; asistencia económica mientras durara la recuperación y protección de la familia del trabajador; también se declaraba la no embargabilidad de los salarios y se creaba un fondo de recursos contra la vejez y los accidentes. Institutos todos estos que son los antecedentes inmediatos del Banco de Seguros y de las Cajas de Jubilaciones.

Crea este proyecto un Comité de Cuestiones Sociales con representación obrera, patronal y del estado. Sus competencias serán las que, 40 años más tarde se otorgan a los consejos de salarios, al Ministerio de Trabajo y a la Justicia en materia laboral.

Se reduce la jornada laboral a 9 horas en el día y 8 en la noche. Se establece el descanso semanal obligatorio y se prohibe el trabajo en días feriados. Se le otorgan competencias al Comité de Cuestiones Sociales para autorizar las tareas nocturnas. Regula la actividad de niños y mujeres; prohibe absolutamente el trabajo de menores de 12 años; establece condiciones para los menores de 15 años, todo lo cual sólo 20 años después recibirá consagración legislativa.

Prohibe la presencia de menores en minas y lugares subterráneos, lo que será tomado casi 30 años después por la legislación nacional. Entre otras cosas se establece la licencia obligatoria para la mujer embarazada, antes y después del parto. Se regula la higiene y organización de los lugares de trabajo y se obliga a tener la planilla laboral con las características actuales. Se consagran normas que regulan el contrato de trabajo, soluciones todas que aún hoy mantienen su vigencia.

Este proyecto se complementa con otro presentado el 24 de junio de 1905. Aquí se regula el contrato individual, las formas y requisitos de pago del salario —con las mismas garantías que serán establecidas por la Organización Internacional del Trabajo 30 años después— la retribución de horas extra y la congestión obrera en las empresas.

También protege el fuero sindical, estableciendo diversas garantías para el trabajador agremiado.

Es interesante extractar algunos párrafos de la exposición de motivos de ambos proyectos.

Dice Herrera: "...este proyecto encontrará una doble oposición; por un lado del capital que creerá ver en sus tendencias un atentado contra sus privilegios, contra lo que él considera un derecho adquirido y, también, de los jornaleros, porque a causa de su largo martirologio, a través de todos los tiempos y a causa de la explotación a que han sido sometidos por los patrones y por los que se decían sus partidarios, desconfían de todos aquellos que no pertenecen a sus gremios...". Y sigue: "...por ello, la cuestión social no es de partidos, es del país...". Finalmente dijo: "...discutamos estos proyectos, rechacémoslos, reformémoslos, pero hagamos algo por los obreros..."

En esta última frase, grito desgarrante reclamando justicia, encontramos muchas explicaciones a la historia y el por qué de muchos silencios. De todos modos como él mismo lo dijo: "la cuestión social no es de partidos, es del país" y lo importante es lo que se hizo y más aún, lo que queda por hacer y no quién lo hizo o quién lo hará.

Pero el pensamiento de Herrera es un faro que debemos seguir en el camino de las reivindicaciones de los más sagrados derechos populares.

Aquí no se agota Herrera en el plano social; más de 100 intervenciones, informes y proyectos, durante los 6 años que integró la Cámara de Diputados, dan fe de lo que aquí aseveramos.

En 1925 y hasta 1931 integra el Consejo Nacional de Administración y desde ese puesto contribuye a mejorar la vida de los más necesitados y a crear un Uruguay mejor. Se crean y oficializan más de diez liceos en el interior del país, se mejoran sensiblemente los sueldos de los profesores de Enseñanza Secundaria, se unifica la concesión del título de maestro. Presenta un proyecto creando el Instituto de Cultura, antecedente inmediato de nuestra Facultad de Humanidades y Ciencias y bregó para llevar a todo el país la preparación científica y cultural como forma de arraigar al hombre a su terruño.

Desde ese Consejo de Administración impulsa y promueve el amparo de la producción nacional, presentando proyectos que protejan siembra de cultivos y la incentivación de los mismos.

Es constante su preocupación por la situación de los trabajadores y la manifiesta en el seno del Consejo de Administración; así por los despidos en la industria frigorífica, plantea serias arbitrariedades cometidas contra un sector de obreros en la localidad de Carmelo.

Impulsa la Ley de Jubilaciones en 1925; se opone a la rebaja de los sueldos de los trabajadores rurales; propugna la intervención de los empleados, en la Administración de las Empresas del Estado y de la distribución, con ellos, de las utilidades de dichas empresas.

Promueve la creación de sindicatos agrícolas y la creación de cooperativas ganaderas, porque sostenía que era el único medio que tenían los pequeños productores de enfrentar el monopolio de los frigoríficos. Promovió las cooperativas agrícolas, pues consideraba que no había otra forma para que los chacreros enfrentaran a los grandes acaparadores, que perjudicaban la producción y el consumo.

Presentó un proyecto para la erradicación de viviendas insalubres en el campo y cantegriles de la ciudad, apoyándolo con un tremendo alegato donde denuncia los índices de mortalidad infantil.

En ese mismo período —estamos en octubre de 1929— presenta el primer proyecto de derecho al voto de la mujer e igualdad de derechos con el hombre. Impulsa la consagración del salario familiar u hogar constituido y salario mínimo para los trabajadores.

Muchos ejemplos más podríamos citar para resaltar y hacer conocer la obra de Herrera, pero llevaría más tiempo del que indica nuesto criterio, que debemos emplear en este alto Cuerpo.

Este breve resumen de la vida de Luis Alberto de Herrera es apenas el esbozo de una tarea interminable e incansable que tiene facetas únicas en la historia política moderna.

Fue también notablemente certera su visión de la Universidad. Su enfoque de la problemática universitaria comienza en 1901, cuando escribe un notable trabajo que mantiene absoluta vigencia, llamado "Ventajas e inconvenientes en nuestro país del número de personas que adquieren título para ejercer profesiones liberales". En él, Herrera plantea lo que será luego su enfoque y concepto de la Universidad. La concebía volcada al país, como un vehículo de desarrollo, creadora de tecnología nacional, que produjera antes que nada "ciudadanos uruguayos", decía Herrera, "profesionales comprometidos con la patria y su desarrollo".

El 5 de setiembre de 1935 pronuncia en el Senado una brillante alocución, donde expresa sus conceptos sobre la Universidad y la necesidad de mantenerla ajena a las luchas políticas partidarias y su función, al servicio del país, anunciando con clarividencia increíble los hechos que se produjeron 30 años después dando razón a sus pronósticos que había anticipado en 1901.

Mucho hay para decir y mucho más habrá que decir de Herrera, pero como dijimos al principio, en este día de recordación, queremos que nuestras palabras sean una contribución a despertar la inquietud de estudiar y descubrir la vida y el pensamiento de un hombre que sintetiza el verdadero ser nacional, oriental y americano. y que como tal, está más allá de los tiempos y de los cintillos partidarios. Su forma de sentir la patria, el amor a su pueblo, a su historia y al terruño, como conjunción única de valores que conforman la verdadera esencia del caudillo, hacen que Herrera sintiera la extrema necesidad de contribuir al desarrollo pleno de su pueblo y a luchar por ello.

Hoy todo eso está tan vigente como siempre y lo seguirá estando, porque la tarea que los uruguayos tenemos por delante y que es la misma de todos los pueblos latinoamericanos, tiene un único y primordial objetivo: que nuestros pueblos puedan vivir con dignidad en un mundo más justo, manteniendo las banderas de libertad que el caudillo les legó.

En este camino encontraremos muchas dificultades, pero, como lo dijo Herrera en 1959, poco antes de su muerte, "la lucha del futuro no se plantea entre blancos y colorados, sino entre nacionales y antinacionales".

Esa es la lucha que tenemos por delante: de un lado estaremos quienes queramos un país digno, libre y justo, del otro los que están dispuestos a seguir manteniendo esta tierra en la dependencia y el subdesarrollo.

En este esfuerzo, los blancos, como siempre, estaremos en la primera línea de combate.

Y Herrera y su legado, será la fuente inspiradora donde recurriremos constantemente.

Señor Presidente: una cosa define a Herrera, tal como Herrera fue.

La declaración jurada de los bienes materiales del doctor Herrera, al iniciar su gestión como Consejero Nacional de Gobierno, en marzo de 1955, a los 82 años de edad, reza: "Una sexta parte de la propiedad de Larrañaga 3760 y otra sexta parte de los solares de la misma, vendidos en mensualidades por el Banco Territorial".

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. — Para ocuparse del tema, tiene la palabra el señor legislador Rocha Imaz.

SEÑOR ROCHA IMAZ. — Señor Presidente, señores legisladores: es un acto de justicia histórica y de cultura cívica, que representantes de todos los partidos se reúnan solemnemente en Asamblea General, para tributar su homenaje al gran oriental, al gran americanista que fue el doctor Luis Alberto de Herrera.

¡Qué difícil es plasmar en tres o cuatro pinceladas una personalidad tan polifacética, tan fascinante, que además transitó por más de sesenta años en el primer plano de la escena política nacional!

Revolucionario, olítico, diplomático, parlamentario, gobernante, periodista, sociólogo, historiador, fundador del revisionismo histórico, internacionalista, nacionalista popular, americanista, antiimperialista, conductor de multitudes...

¿Qué disciplina le fue ajena?

Y a todas ellas se entregó de lleno, con pasión, con exagerada pasión y con vital energía. Puso, por decirlo gráficamente, el acelerador a fondo, allá por 1892 y así lo mantuvo hasta el 8 de abril de 1959.

Con luces y sombras, venerado y discutido, deshilvanado, antisolemne, cambiante en lo táctico, en lo que en definitiva no cuenta, firme, monolítico en sus ideas fundamentales, las que le han sobrevivido.

A los grandes hombres, ya se ha dicho, hay que mirarlos como a los monumentos, con perspectiva, para admirar su majestuosidad. De cerca aparecen las rugosidades, las grietas, las imperfecciones del bronce y del granito.

Fue uno de los pocos políticos divertidos que tuvo el país, señaló Carlos Real de Azúa, habida cuenta de la generación acartonada con la que le tocó convivir. No se ató jamás a dogmas, a cerrados exclusivismos, a posiciones rígidas. Y si él fue así, cómo los que ensayamos dar las facetas principales de su personalidad, podemos intentar siquiera encasillarlo en un determinado sistema?

¿Cómo decirle a las nuevas generaciones que no conocieron a Herrera, que fue revolucionario y a la vez civilista, romántico y pragmático, conservador y liberal, colegialista y anticolegialista, complaciente con los sucesos del 33 y opositor tenaz a los del 42, implacable y tolerante, perteneciente a una clase social alta y a la par auténtico jefe popular...?

Difícil tarea, pero a la vez fácil, si llegamos a comprender que Herrera persiguió siempre el fin de devolverle a su partido el gobierno que había perdido luego de Paysandú, en tiempos de su padre.

Entonces, en las aparentes contradicciones hay una congruencia esencial. Así, en 1892, con un grupo de jóvenes estudiantes cruza el charco y pronuncia en la República hermana su primer discurso político, de saludo a Leandro Alem. En el 97 desembarca con los "22 de Lamas", participa de Tres Arboles y hace toda la campaña. En 1904 renuncia al oropel y a los halagos de un cargo diplomático en Washington y se incorpora a las huestes de Aparicio Saravia, para "correr la suerte de los compañeros de toda la vida". Pero en 1910 proclama su civilismo y dice que "sólo pueden querer la guerra quienes no la han visto de cerca".

Fue un romántico del ideal, de los sentimientos, su misma participación revolucionaria es un adarme de romanticismo; pero, a la vez, fue un político pragmático que hizo de la acción, de la energía vital, los ingredientes fundamentales con que adobó sus luchas cívicas.

No se ató a dogmas, ya lo hemos dicho; así pudo expresar alguna vez que "se complacía de integrar el grupo conservador", y otra vez señalar que "era un tranquilo y buen liberal". A cada coyuntura aplicaba la receta que estimaba mejor para el momento.

Proclamó indistintamente su rechazo y su aprobación del Colegiado; lo rechazó para combatir a un Batlle, lo

digo con todo respeto, y lo aceptó como medio de cerrarle el paso a otro Batlle.

En el 32 preparaba —otra vez— la revolución, con Nepomuceno y Villanueva Saravia, el mismo viajó al Brasil para comprar las armas; aceptó entonces los sucesos del año siguiente entendiendo que eran el corolario de sus aprestos revolucionarios. Pero casi diez años después se opone al contragolpe de Baldomir y encara la resistencia.

Fustigó al oficialismo de las distintas épocas con todo su rigor, por momentos implacablemente, desatando campañas de una virulencia extrema; pero supo ser flexible en las coincidencias patrióticas con el adversario, que el arte de la política aconsejaba para salir de una encrucijada nacional y asegurar la gobernabilidd.

Alguna vez proclamó su pertenencia a una clase, pero supo también definir: "en estos países todo es nuevo, todos somos del ayer, la mejor genealogía es la de la conducta". Sin abdicar de la prosapia que traía con él, se constituyó en un auténtico jefe popular: "Soy un hijo parido por la multitud", expresó en circunstancias de identificación total de hombre-masa.

Fundó el revisionismo histórico, escribió veinte y tantos libros de historia y de sociología, tuvo una sólida preparación intelectual; pero, concomitantemente renunció de hecho al título de abogado y se arrimó a la gente del campo y a los humildes de la ciudad, para hablarles con el lenguaje intimista como sólo él pudo hacerlo. "Más que en la universidad fue a puñetazos con la vida que pude formar mi carácter", solía decirnos.

Fue un blanco integral: ¡qué lindo es ser blanco!, proclamaba ufanándose. Pero también le oímos decir: "lo de blancos y colorados es cosa de la historia", y agregar, en su último discurso público: "Adviene otro tipo de lucha distinto a éste que venimos de resolver con éxito. No será más entre blancos y colorados, sino entre nacionales, quienes quieran y merezcan serlo y los que no quieren serlo, o porque no lo sienten o porque no les conviene".

Y bien: ¿cómo, entonces, encasillar a Herrera, "envasarlo" si no sabemos aún cómo la envoltura física pudo mantener por tanto tiempo a tanta energía?

Así deben tomarlo los de ahora, los jóvenes: como un ejemplar humano sin igual.

Carlos Quijano, quien no puede ni siquiera ser sospechado de herrerista, al despedirlo en "Marcha", el primer viernes después del 8 de abril, escribió una página de antología: "No ha de haber en la historia del país quien se le asemeje. No fue un estadista. Fue un caudillo, el último gran caudillo quizá. Con sus errores, sus exageraciones, sus pasiones, sus tremendas pasiones, su extrahumana energía que —fenómeno sin par— al paso de los años crecía, en lugar de disminuir o atemperarse, su atracción magnética. Mezcla hirviente de intuición y de coraje, de probidad y de autoritarismo, de desconfianza en la razón y en el juego sutil de las ideas. Instinto y olfato y premonición, a semejanza del baqueano que ignora la geografía pero conoce el rumbo. Un guerrillero siempre, como en los años mozos... Habilísimo en el combate diario, en la maniobra por sorpresa, en el cambio de frente repentino y desconcertante. Un táctico y no un estratega. Sin planes de largo alcance. Con un orgulloso y quisquilloso sentido nacional. Fue de una probidad ejemplar y sin tacha".

Si contradictorio y hasta desconcertante fue en lo ocasional, en sus concesiones a la táctica del momento; justicia es reconocer que mantuvo firmeza monolítica con sus ideas fundamentales, las que le acompañaron en el largo camino...

Su pasión por la Patria, por el "pago adorado"; su sentimiento de nacionalismo popular; su americanismo practicado a lo Bolívar, muy lejos del de Blaine; su política internacional condensada en el antiimperialismo, la defensa del principio de no intervención, la autodeterminación de las patrias y la tercera posición cuajada ahora en el llamado "tercer mundo"; su honradez pública y privada, definida por él mismo en frase memorable: "A través de mi larga existencia confieso que habré cometido errores, de los que no están exentos los hombres; pero hay algo que no he cometido: dejar mi honra en el camino. Afirmo que he sido, soy y seré incorruptible"; y, finalmente, su condición de Caudillo, de conductor de masas, de "caballero de la esperanza", que nos hacía concebir a los que éramos sus adeptos el renovado optimismo de la victoria, allí donde la razón presentaba todo como un imposible.

Termino, señor Presidente. Una tarde de abril estaba yo confundido entre la multitud silenciosa, acongojada, que a lo largo de la Avenida Agraciada tenía sus ojos puestos en la puerta principal de este Palacio Legislativo. De pronto, en hombros de pueblo, aparece la caja rubia con los despojos mortales de Luis Alberto de Herrera. Y se produjo entonces un hecho que me conmovió hasta las lágrimas. Como en los 22 de julio, cuando el pueblo trasponía las puertas de su Quinta, aquella multitud se enfervorizó, comenzó a agitar pañuelos blancos y repitió el grito, ese grito que venía desde la eternidad y hacia la eternidad iba: ¡Viva Herrera!

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor legislador Jaurena.

SEÑOR JAURENA. — Señor Presidente: los legisladores del Frente Amplio, en cuyo nombre tengo el honor de hablar, no hemos venido, en la tarde de hoy, a cumplir una mera formalidad; lo hacemos para rendir homenaje a Herrera. Así, simplemente, sin ningún aditamento: a Herrera. Si bien discrepamos muchas veces con él, considero que no son estos homenajes póstumos las oportunidades más indicadas para traer a colación reyertas de campanarios o de divisas. Hubiera deseado tener esta tarde el artículo con que Emilio Frugoni despedía a Luis Alberto de Herrera. Esto no fue posible porque en este país existió una dictadura que suprimió libertades, tronchó derechos e hizo todo lo posible por destruirlo todo, incluso intentó matar la inteligencia y arrasó bibliotecas.

Los dictadores ignoran que las persecuciones políticas son inútiles. En un histórico debate ocurrido en 1971 en el Parlamento español en momentos en que alguien quiso declarar clandestinas a las organizaciones de la Primera Internacional de Trabajadores, Emilio Castelar, eximio orador, dijo: "Un pensador o un luchador arrojado en las llamas, desaparecerá en cenizas, sobre las alas del viento; pero su idea inmortal, su idea incombustible flotará sobre todas las hogueras y se reirá de todos los verdugos". Repito que esto es lo que ignoran los dictadores y por culpa de la dictadura que aquí padecimos, en la tarde de hoy no puedo contar con ese artículo de Emilio Frugoni. Entre los recuerdos de mi niñez que conservo más vivos se halla el pasaje —una y otra vez— de Luis Alberto de Herrera por la zona Este del departamento de Canelones, de la que provengo, tierra salobre y empobrecida de minifundios. Siempre me asombró el espectáculo de aquella gente que se agolpaba a su alrededor para oírlo, para tocarlo, para verlo. Eran hombres de todas las clases sociales, muchos de los cuales habitaban en ranchos desflecados por los vientos y de los años. Muchas veces me pregunté de dónde provenía el magnetismo de aquel caudillo.

En la década del 40 vine a Montevideo a trabajar y a estudiar, en momentos en que Herrera iniciaba una gira electoral; con tal motivo sus correligionarios lo despedían con un acto en el Teatro Artigas. Concurrí a aquel acto durante el cual no habló más de tres o cuatro minutos. Recuerdo prácticamente de memoria aquel discurso, en el que contaba que, caminando un día por París se había encontrado frente a un teatro, que lucía un letrero: "Esta noche, los gansos que bailan". Me sorprendió aquel anuncio, decía Herrera y decidí comprar mi entradita y fui a ver el espectáculo. Una vez corrido el telón apareció

en escena una persona junto a unos gansos. Sonó una música y éstos comenzaron a bailar. Yo me hallaba verdaderamente sorprendido y viendo mi asombro, la persona que estaba sentada a mi lado me dijo: "No sea zonzo, amigo, los gansos están sobre una plancha caliente".

"Así es el batllismo, correligionarios" —concluyó Herrera— "cada cuatro años nos hace bailar sobre la plancha caliente".

Ese fue su discurso; ante el cual la gente deliraba. Herrera no exponía plataformas, no desarrollaba ideas. El era la idea.

Combatió por más de setenta años; no acumuló riquezas, no manejó dineros propios ni ajenos; nada sabía de negocios y por ese motivo pudo ser y fue implacable con los ajenos.

¿Quién no recuerda las campañas del diario "El Debate" que desde su fundación funcionó en un viejo edificio de esa calle Rincón sobre cuyas piedras ha pasado la historia de la Patria entera? A propósito de esto deseo citar algo que Carlos Quijano escribió con motivo del fallecimiento de Juan Andrés Ramírez:

"Un periodista que era él mismo el diario entero; un periodista ajeno a la empresa; colocado por encima de la empresa. Este es un fenómeno que se habrá de estudiar con detenimiento en el país; un fenómeno que tiende, por la creciente gravitación de los hechos económicos, a desdibujarse y a perderse.

Batlle hizo una empresa —empleamos el término en su connotación principal— y la puso al servicio de sus ideas. Luis Alberto de Herrera creó una organización de características muy particulares, antieconómicas —si cabe el término— y la puso al servicio de su pasión y de su temperamento. Ramírez fue incapaz de mantener su propia empresa, pero no entregó a las ajenas, su alma. Su medio de expresión en el periodismo; pero, para vivir, no renegó de su razón de vida".

Herrera, digo yo, llegó a ser dueño —permítaseme la expresión— de casi la mitad de la opinión de este país.

Se atribuye a Terra —su aliado en 1933— el haber dicho que en el Uruguay era muy difícil gobernar con Herrera, pero era imposible gobernar contra él.

También, al igual que lo acaba de hacer el señor representante Rocha Imaz, no resisto, señor Presidente, la tentación de leer algunos párrafos del artículo que escribiera Carlos Quijano, con motivo del fallecimiento de Luis Alberto de Herrera.

Decía así: "Vivió como si fuera inmortal. Y, en verdad, todos llegamos a creer que lo era. Más de sesenta años en este país, que cuenta con ciento y pocos de vida independiente, duró su áspero batallar.

No ha de haber en la historia del país quien se le asemeje. Es un personaje de romance y su biografía no tendrá necesidad de ser novelada; es ella misma una novela, donde la realidad supera la imaginación.

No queremos hoy —agregaba Quijano— cuando se le abren las puertas de la eternidad para el descanso que siempre rehuyó, volver sobre episodios en que estuvimos enfrentados.

Nos sentimos mejor, en cambio, si reconocemos y decimos que amó a su tierra entrañablemente; que tuvo un orgulloso y quisquilloso sentido nacional; que fue de una probidad ejemplar y sin tacha al servicio de su devoradora pasión por la causa pública; a la cual dedicó toda su vida y sacrificó con señorío, espontaneidad, elegancia, simplicidad, eso que llaman intereses. Siempre estuvo —y más en los años de su ancianidad— por encima de éstos. Nada lo ataba ni contactos ni vinculaciones ni las mil redes sutiles que la realidad teje y desteje".

Cuando en 1971 se fundó el Frente Amplio, pretendiendo ser una nueva síntesis creadora de un Uruguay nuevo, de una sociedad nueva, entre las personalidades que llegaron para enriquecerlo, estuvo la del profesor Enrique Rodríguez Fabregat; aquel eximio orador, aquel batllista que seguía siéndolo hasta cuando discrepaba con Batlle.

Y bien, el profesor Enrique Rodríguez Fabregat escribió, allá por 1941, un libro titulado: "Batlle y Ordóñez, El Reformador". En ese libro hay una página que se refiere al final de Aparicio Saravia.

Dice así: "Cae la tarde. En la cercanía lejana se apagan los fuegos de la última batalla. Aquí, en la casa, está muriendo el caudillo; el último caudillo. Muere, como los valientes mueren: desgarrada la carne, silenciosa la boca, tranquila la frente. Todo tiene en este acabamiento, una áspera expresión de grandeza. El ha de llevarse en los ojos una agrandada visión de divisas blancas y también de divisas rojas. El sabe que la guerra ha terminado. El sabe que Batlle ha terminado con el trágico sentido de las divisas blancas y las divisas rojas. El sabe que en su propia sangre, termina el drama de la sangre. Sabe que era su voz la que llamaba a la lucha y que era tras su figura de caudillo que se formaban en escuadrón las multitudes gauchas.

Va a dormir el caudillo para siempre y quisiera dormir bajo la tierra que amó bajo la tierra que sus legiones estremecieron.

Muere como su propio sueño; muere sin esperanza pero con grandeza; muere lejos, en un ángulo del expatriado campamento; muere como se muere después de las batallas, cuando es mejor morir que continuar viviendo.

El no conocerá el dolor sin palabras de la definitiva derrota.

El no apurará la tortura de recordar, bajo ley del olvido, de la paz inevitable. Su mundo no pudo ser. Su voluntad no pudo ser. Su obstinación heroica sangró mortalmente por su herida.

El no quitó de su sombrero gaucho la ancha divisa blanca que decía "Por la Patria". El marchó con ella, fuerte y voluntarioso entre la claridad de las descargas mientras sus guerrilleros al verlo pasar, pronunciaban su nombre.

La muerte le abrió paso y él siguió como si soñara y como si muriera, que son dos maneras de llegar, ordenando todavía que entraran en la línea de batalla los escuadrones de refresco".

Esto escribía Enrique Rodríguez Fabregat —cuyo noble corazón dejó de latir en el seno del Frente Amplio— acerca del final de Aparicio Saravia.

Pero no me resisto a la tentación de leer lo que Alberto Zum Felde dice acerca de este mismo final —después de la batalla de Masoller— en "Proceso Histórico del Uruguay". "Una extraña fatalidad parece cernirse sobre esa batalla. Primero van cayendo unos tras otros los mejores jefes saravistas. El desconcierto cunde en los escuadrones revolucionarios. Luego cae herido por misteriosa bala el propio Saravia. Caído el caudillo, el pánico y la consternación se producen en la masa guerrera. No sólo se ha perdido una batalla; todo se ha perdido. La muerte de Aparicio Saravia es una escena de tragedia antigua, de profunda fuerza emocional y portentosos coloridos. Con él desaparece el último caudillo gaucho, árbitro e hijo de las masas blancas, árbitro e ídolo de las masas blancas en quien estaba puesta la fe de su partido. Su silueta de recio hombre de campo, con el poncho blanco recorriendo la línea al galope de su tordillo de guerra, es de efecto eléctrico para la masa. Después de su muerte, el poncho blanco flota como un simbólico sudario en la evocación de aquel crepúsculo.

Caído Saravia fue como si a todos les troncharan los brazos. Se cayeron las armas de las manos. En medio de un silencio espantoso las bocas no se abrían sino para desesperadas imprecaciones. Todos los ojos estaban nublados de lágrimas; muchos no podían creer y aún 20 años después había blancos que decían de él, como se decía de Facundo: 'No; él no ha muerto. Volverá' ".

Quiero leer otro párrafo de Zum Felde: "Esa tarde de Masoller, otro hombre grande, pesado, con las manos cruzadas sobre los riñones, la cabeza bravía y taciturna, se pasea a grandes pasos por un caserón de Montevideo. Le rodean mapas, telegramas, teléfonos, ayudantes; también un silencio angustioso y de espera llena este caserón. Por instantes no se oyen sino los grandes pasos del hombre, en los que apoya todo el peso balanceante del cuerpo. Batlle es quien sostiene y dirige la guerra. Con su tenacidad, con su inspiración y su energía, él mueve los ejércitos y administra los asuntos. La guerra es entre Batlle y Saravia. Lo que éste es allá, aquél es aquí. Si Batlle falta se acaba el Gobierno. Sus amigos, pesimistas, le aconsejan que haga la paz.

Así llega la noticia de Masoller. El hombre de los pesados pasos levanta la cabeza taciturna y bravía y a través de sus ojos brilla la llamarada de su corazón. Ha triunfado".

Este es el final heroico de Aparicio Saravia; el de Herrera es diferente. Herrera se ha sobrevivido a sí mismo. Acaso lo peor que puede ocurrirle a un político —y no sólo a un político— es sobrevivirse a sí mismo. La energía inquebrantable de Herrera y el imán de su personalidad realizan el milagro de hacer de ese final en un acontecimiento histórico para el país.

Vuelvo al artículo de Quijano. "Es difícil decir que muere con él una época, quizás esa época ya estaba muerta hace rato. El la había sobrevivido, pero tanto era su ardor que todavía —y no obstante el desencuentro— seguía siendo el eje de la política nacional. 'Dí tu mensaje y rompe' ordenaba Nietzche. Fácil también es por tanto pensar y decir que de acuerdo con cierta armonía preestablecida, logrado el triunfo del Partido Nacional después de casi un siglo, su misión estaba cumplida, su ciclo estaba cerrado, dicho estaba su mensaje. Pero no es menos verdad que la victoria que coronó su batallar ha sido en buena parte por culpa de sus propios errores, errores de guerrillero y de táctico atento a la batalla cotidiana y no a la guerra total, una victoria confusa y que abre sombrías perspectivas al país. Lo comprendió o lo sintió —hay que reconocerlo— al día siguiente de la misma victoria. Y volvió al combate de frente. Por ello su muerte es ahora más lamentable.

Otra difícil jornada en la que el factor decisivo quedaba y queda por cumplirse".

Cuando el 1º de marzo de 1959 asume el Gobierno de la República el nuevo Consejo Nacional de Gobierno, Herrera, que había ocupado un cargo en el anterior, silenciosamente, por una puerta lateral, se retira hacia su célebre quinta de la calle Larrañaga donde lo esperaba un grupo de correligionarios. Allí, en la puerta de su quinta dice algo que ya se ha leído aquí pero que quiero reiterar: "Adviene otro tipo de lucha distinto a este que venimos de resolver con éxito. No será más entre blancos y colorados sino entre nacionales, quienes quieran y merezcan serlo y los que no quieren serlo o porque no lo sienten o porque no lo quieren".

Señor Presidente: cada uno dará a las palabras del caudillo su propia interpretación; no vamos a internarnos ahora en eso. De todas maneras, pensamos que sus palabras fueron proféticas. Uruguay vive hoy una hora histórica de dificultades; en el Uruguay hay hambre, mucha hambre; nos han robado el país; han extranjerizado su riqueza; tenemos por delante una tarea ciclópea de reconstrucción y de rescate. Esa tarea exigirá el esfuerzo de todos los que sean capaces de anteponer los intereses nacionales a los intereses extranjeros que nos extrangulan. Para esa tarea invocamos la memoria de nuestros grandes muertos.

Nada más, señor Presidente.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR MORELLI. — Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor legislador.

SEÑOR MORELLI. — Señor Presidente: para quienes nos iniciamos en nuestra vida política bajo la bandera, los principios y las ideas del herrerismo, esta reunión de la Asamblea General tiene una enorme carga de emoción.

Desde muy niño me enseñaron a ver en Herrera al símbolo de la rebeldía, al implacable defensor de nuestra soberanía, al hombre que frente a cada revés —y tuvo muchos— recomenzaba el combate con el mismo ardor y la misma fe de siempre. Fue uno de los más grandes caudillos de nuestro partido. Desbordaba energía y optimismo. Condujo a nuestro glorioso partido con intuición y con coraje. Como dijera un historiador, con instinto, olfato y premonición, a semejanza del baqueano que ignora la geografía pero conoce el rumbo. En su juventud fue un guerrillero junto a Saravia y a Lamas que luchó por la conquista de las libertades públicas. También tomó parte en la lucha cívica, en el combate diario, en la jugada por sorpresa, en los cambios sorpresivos siempre inspirados en el bien de su país.

Perdió cien batallas y a todas se sobrepuso.

Terminó su vida conduciendo con maestría, con principios, conducta y habilidad a nuestro partido, hacia aquella gloriosa jornada del 28 de noviembre de 1958. Quiso a su país con devoción, amó a su tierra entrañablemente; fue un nacionalista profundo, agresivamente uruguayo; fue, sobre todas las cosas, un hombre bueno, querido por su pueblo, venerado por quienes lo seguíamos ciegamente; fue, además, un político de una probidad ejemplar y sin tacha; dedicó su vida entera a la causa nacional.

No hablaré de los cargos que ocupó, que fueron todos los que un pueblo agradecido puede brindarle a su abanderado. El señor legislador Rocha Imaz reseñó su enorme obra como historiador. Conocido es su sacrificio como revolucionario, con los veintidós de Lamas y con Saravia en 1904. Todo eso integra la más rica tradición de nuestro partido.

Sólo digo que Herrera no llegó por casualidad a la cumbre; recorrió, a lo largo de toda su vida, desde los más humildes, todos los escalones y ocupó todos los cargos que nuestro partido tenía para ofrecer a quienes estaban dispuestos a sacrificar todo por él. Por eso Herrera significó tanto para el Partido Nacional. Empezó obteniendo la dirección del partido en Montevideo; se puso en contacto con las masas y logró esa comunicación maravillosa que hizo que la gente confiara en él. Como Saravia en el campo de batalla, él también hizo marchar las multitudes blancas hacia el triunfo.

Termino, señor Presidente, expresando que nunca hubiera imaginado tener el honor de hablar de Herrera en esta Asamblea General. Pocas palabras y, más que pocas, muy humildes. Ellas quieren reflejar la profunda admiración, el cariño tremendo y la gratitud eterna al jefe inmortal.

Nada más, señor Presidente.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor legislador Rossi Pasina.

SEÑOR ROSSI PASINA. — Señor Presidente: en el día de hoy, al reunirse extraordinariamente la Asamblea General en conmemoración del centenario del nacimiento del doctor Luis Alberto de Herrera, en nombre del Partido Unión Cívica expresamos nuestra adhesión a través de estas palabras.

El doctor Luis Alberto de Herrera irrumpió en el escenario político del país a fines del siglo pasado, recogiendo los ideales de la generación a la cual perteneció su padre, hombre de extensa y extraordinaria trayectoria, habiendo sido Ministro de Estado, diplomático, legislador y político de vasta influencia en sucesos decisivos de la historia de la República.

Luis Alberto de Herrera, hombre de multitudes, ejerció todas las dignidades del Gobierno de la República: fue Juez de Paz de la 6ª Sección Judicial de Montevideo. designado por el Supremo Tribunal de Justicia el 6 de diciembre de 1900, el nombramiento fue acogido por la prensa de la época en forma laudatoria —decía un periódico al respecto: "El nombramiento, más que al electo, honra a sus designantes y ha de ser recibido con calurosos plácemes en todos los hogares de la 6ª Sección"— fue diplomático, desempeñando la representación del Uruguay en Estados Unidos y México durante los años 1901 y 1902. Antes de partir a Estados Unidos el doctor Domingo Arena —amigo personal y compañero de estudios— le encargó el envío de correspondencia para el diario "El Día" dirigido entonces por el señor José Batlle y Ordóñez. Cumplió la promesa enviando la correspondencia con las impresiones y observaciones que le merecieron la intensa vida política, económica y social del inmenso y pujante país del norte. Más tarde las recopiló en un libro bajo el título "Desde Washington". En 1903 termina sus estudios universitarios graduándose abogado pero él advierte que su vocación no es la de la práctica forense fría y llena de fórmulas. Adora el derecho, pero no el dialéctico de las cláusulas codificadas, donde bajo cada línea arde el pleito, sino el que alienta en los insaciados anhelos de justicia de la conciencia popular. Cien veces prefiere el ambiente caldeado de las asambleas públicas, a la serenidad de los estrados.

El 1º de enero de 1904 se produce el estallido revolucionario renunciando en ese instante Herrera, al cargo de diplomático, con que había sido investido.

Terminada la contienda de 1904, vuelve Herrera a su actividad periodística y en los comicios de enero de 1905 es electo diputado por el departamento de Montevideo, incorporándose al Parlamento el 8 de febrero siguiente.

Su labor parlamentaria es de gran importancia por los temas tratados y por la vastedad de los mismos, algunos de ellos de avanzada para la época, como el proyecto de Código de Trabajo presentado junto con Carlos Roxlo en febrero de 1905. De las crónicas parlamentarias surge su preocupación por las cuestiones sociales, por la colonización de nuestra campaña, así como por las mejoras de las comunicaciones y todo lo relativo al progreso del país. Fue senador, constituyente, y Presidente del Consejo Nacional de Gobierno.

Herrera, hombre de multitudes, logró conjugar la personalidad del caudillo que atraía multitudes con la del estadista que encauzó la marcha del país desde el plano de la oposición.

Herrera fue político por antonomasia, que renuncia a toda su actividad privada para sumergirse en la actividad pública, absorbido por la pasión de lo que entendió una causa justa a la que debía entregarse.

Herrera, durante su larga y proficua actividad fue defensor de una política de pacificación espiritual, por la reacción congénita que sentía contra todos los sectarismos.

El pueblo, más que soluciones concretas, suele querer una esperanza; más que argumentos personales, ansía por momentos una fe que canalice sus aspiraciones. Durante muchos años, Herrera constituyó para un gran sector de ciudadanos del país la síntesis de sus anhelos políticos, la esperanza de una victoria largamente buscada y la fe en un modo y una mística políticos.

Se podía coincidir o discrepar profundamente con muchas de sus concepciones, pero siempre se le reconocía la probidad y el desinterés personal con que se desempeñó en los cargos de gobierno.

Finalmente, es indudable que Luis Alberto de Herrera fue una elevada expresión de la democracia nacional y que una gran parte de nuestro pueblo, del "Pueblo Oriental" —como él gustaba llamarlo— confió sus destinos a su dirección política y hoy, con el transcurso de los años, podemos decir que Herrera ha pasado a la historia como uno de los forjadores de la civilidad.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor legislador Silveira Zavala.

SEÑOR SILVEIRA ZAVALA. — Señor Presidente: en representación de la Unión Nacionalista y Herrerista debo rendir hoy homenaje a Luis Alberto de Herrera, el que debió hacerse el 22 de julio de 1973, lo que no pudo ser porque las instituciones habían sido arrasadas y las sombras del totalitarismo cubrían la Nación, efímeras como todas las que se opongan a la voluntad popular y deban enfrentar la vocación y decisión de los blancos de ser libres; pero cuántos sacrificios y dolores debieron superarse para vencerlas.

Supera nuestras posibilidades el hacer un juicio histórico a tan grande figura y una síntesis biográfica de tan larga trayectoria, en el tiempo de que disponemos. Rescatamos de Herrera sus propias palabras, porque nada lo define mejor, ni nada expresa con mayor elocuencia su americanismo, su amor a la patria, su defensa inquebrantable de la soberanía y autodeterminación de los pueblos frente a los imperios que prtendían atarnos a sus intereses.

En horas difíciles de la República, cuando la intolerancia pretendía llevarse por delante la voluntad del pueblo, decía Herrera: "Alzado por el impulso victorioso de una fuerza política, se puede alcanzar el poder, pero se merece perderlo, cuando, ya en la cumbre, el sectarismo sustituye al sentimiento de la justicia y la divisa se sobrepone a la bandera. El signo de mi larga actuación es el de la tolerancia y el olvido. Sedienta de ella está la soberanía, integrada por hombres, mujeres y hogares de diversas predilecciones y creencias, que tanto han sufrido el inacabable y gratuito agravio a sus íntimos quereres.

Ese plebiscito de las almas es el que promete llevarnos al poder, por ímpetu espontáneo y consumando un ardiente anhelo de pacificación nacional. Gobierno humano, fraternidad, política de conciliación moderada, que prolongue la obra de acercamiento y alta civilidad. Quizá por haber vivido y actuado en tiempos de mucho dolor y orfandad de derechos, es obsesionante en mí el ideal fraterno".

Que lección para estos tiempos; Herrera lo dijo hace cinco décadas y como los grandes piensan y escriben para todos los tiempos, hoy debemos recordarlas para comprender el camino que debe recorrer la República para encontrar sus altos destinos.

Herrera, que sirvió a la República con las armas saravistas, con la pluma, con la oratoria parlamentaria y la tribuna callejera, con sus libros, su periodismo combativo y ardiente, tenía hundidas profundamente sus raíces en la tierra nativa, nada para él era superior; fieramente defendía los valores de la patria y decía: "Siempre hemos mirado con pena la actitud para el vasallaje que parecen tener algunos cuando viven dominados por lo que ocurre fuera de fronteras, prisioneros apasionados de ajenas influencias, remolcados para todo juicio u opinión por conductores invisibles, creando una especie de colonia ideológica cultivada desde el extranjero, y hemos sentido vigorizada la voluntad para eludir su contagio y más altiva la voluntad de combatirla, cuanto mayor ha sido la torpeza de pretender afiliarnos a cualquier orientación que no fuera la de ser, antes que nada y por encima de todo, lo que somos: orientales, vale decir, hombres de patria, no de cualquiera o de todas, sino de la propia".

Hoy afirmamos la vigencia del pensamiento de Herrera. El Partido Nacional vigoriza su nacionalismo, y sin perjuicio de modernizar el Partido de acuerdo a los avances de las ideas y de los tiempos, cree sin renuncias en los valores auténticos de nuestra propia nacionalidad, hondas raíces que nos vienen desde las arenas de la Agraciada con Manuel Oribe, que se hizo martirio en los muros de Paysandú cuando cae el gobierno blanco defendiendo las instituciones republicanas y democráticas, víctima de la felonía, la traición y la intromisión extranjera.

Herrera defendió sin desfallecimiento la soberanía y la independencia de los pueblos americanos, la autodeterminación de los pueblos, puso valla infranqueble a los intentos de intervenir en los asuntos internos de los Estados de los avances del imperialismo. Nada pudo la formidable fuerza desatada contra la intransigencia, la santa intransigencia de los principios rectores de Herrera, ni la calumnia ni la injuria, ni las listas negras, ni los tribunales venecianos, ni la canalla recorriendo las calles de Montevideo pidiendo la cárcel para el caudillo. Formó en su torno una formidable juventud, puso de pie al herrerismo y al Partido y se batió solo, incomprendido por sus contemporáneos, pero vencedor para la historia, "ni la sovietización de las masas ni una estrella más en la bandera de ningún imperialismo" —fue su divisa y con ella salvó a la República del vasallaje, de las bases militares extranjeras, de que nuestra juventud fuera a morir bajo banderas imperialistas para defender intereses que no eran nuestros. Mientras exista un hombre que defienda la libertad americana, la autodeterminación de los pueblos, desde el Río Bravo a la Tierra del Fuego, con las ideas, la pluma o las armas, allí está Herrera vivo, allí están sus ideas y sus ideales, allí está su triunfo más allá de los límites de una vida humana, eternos mientras los hombres y los pueblos quieran ser libres.

Herrera tenía la obsesión de llevar el Partido Nacional al poder. Ese era su único objetivo estratégico; podía variar la táctica, pero la estrategia era una sola, el Partido Nacional al poder. Pasa por las revoluciones saravistas, los tiempos de la legislación en 1905 con Roxlo presentando el primer Código del Trabajo, por la jornada gloriosa del 30 de julio de 1916, por la victoria de 1925, por las derrotas, y cuando todos lo creían vencido, emergió vencedor con su partido en 1958, culminando una vida gloriosa, combatiendo siempre, pero alcanzó la gloria de que las palmas de la victoria acariciaran suavemente la frente del soldado de la patria y del partido, derrotado algunas veces, pero no vencido, siempre en las vanguardias del deber.

Tanto habría para decir de Luis Alberto de Herrera, pero qué mejor que terminar esta modesta exposición que leyendo en la Asamblea General, la versión del último discurso del Caudillo inmortal —que no fue el que se mencionó acá— cuando el 28 de febrero de 1959 deja su despacho del Consejo Nacional de Gobierno, y al día siguiente el Partido Nacional entraba en la Casa de Gobierno en hombros de la multitud y la voluntad popular, suprema victoria de Herrera.

Así decía por última vez Herrera, a quienes lo victoriaban como el auténtico vencedor de tan hermosa jornada de gloria de la histórica colectividad. Esto fue lo que dijo Herrera en la Quinta de Larrañaga a aquella multitud que lo había acompañado el día que se retiraba del Consejo Nacional de Gobierno y este es el formidable discurso que revela el amor a la patria, al partido y su solidaridad con sus compañeros de divisa. "Vuestra presencia avasallante en esta puerta siempre abierta de par en par a las cosas del sentimiento estremece hasta el cimiento el ser de su viejo morador. Yo comprendo, y vosotros me comprendéis, en unos y otros el inmutable anhelo de que sea por siempre esta identificación santa, ennoviados con el ideal. Devoción sin eclipse, encendida cual luminaria en la ruta áspera que aparta del extravío. Y si por nuestra parte, en la función pública, no lo hicimos mejor, la culpa recae en la propia mano, no en la intención, jamás manchada por la felonía. Seductor el ensueño, lo difícil y grave el envasarlo, ponerle carnadura, darle consagración, trasladar a la tela de los hechos lo que dicta afiebrado el pensamiento. De ahí la contienda, el batallar sin término entre lo que se quiere y lo que se puede, entre lo que nace y lo que muere. Más palpable se muestra ese contraste, tantas veces trágico, entre lo posible y lo soñado, en el seno de las sociedades en evolución inicial, que fatalmente gastan y pierden enormes caudales, fuerzas físicas y morales, en sus primeros tanteos efectivamente organizados tan a menudo frustrados por el atormentado y obsesionante empeño de alcanzar y tocar la perfección. ¡Cuánto espacio útil llenado y usurpado por desilusiones colectivas!". Y terminaba diciendo el viejo caudillo: "¡Ciudadanos y amigos ,dos veces hermanos: aquí, al aire libre, cual corresponde en vuestro honor os extiendo mi gratitud ancha como mi pecho en esta suave puesta de sol, que es también para la patria como promesa y anuncio de días venturosos sin poniente!".

Muchas gracias, señor Presidente.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor legislador Pita.

SEÑOR PITA. — Señor Presidente: para nosotros es muy difícil podernos sobreponer a la emoción con que hemos escuchado con suma atención las manifestaciones vertidas por los señores legisladores preopinantes. Todos ellos han hecho referencia, más allá de las discrepancias circunstanciales que existen con la ejecutoria política de la figura que hoy homenajeamos, al Herrera hombre, al político, al legislador, al guerrillero y al historiador. Todas estas exposiciones, en definitiva —más allá de esas discrepancias —han coincidido en afirmar que por encima de todas esas características, Luis Alberto de Herrera, hombre político que excedió con holgura el marco de lo partidario para transfomarse en un punto de referencia de la vida política nacional y continental, fue por sobre todas las cosas un hombre bueno y honesto que murió pobre.

Humildemente, señor Presidente, hago mías las expresiones vertidas por los señores legisladores que me precedieron en el uso de la palabra. Expreso con sinceridad, en nombre de la Corriente Popular Nacionalista, que acompañó el "¡Viva!" que pronunció el señor legislador Rocha Imaz, porque vivando a Herrera, sentimos que estamos vivando las mejores tradiciones antiimperialistas y populares de nuestra patria.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor legislador Cigliuti.

SEÑOR CIGLIUTI. — Señor Presidente, señores legisladores: hago uso de la palabra en esta sesión solemne de la Asamblea General con una doble emoción íntima, porque he recibido para hacerlo, el mandato de mi Partido.

Para un hombre de mis antecedentes, conducta, ideas, sueños e ilusiones, no hay honor comparable al que por unanimidad y generosamente me ha sido confiado por compañeros de bancada y de todos los sectores para representar al Partido Colorado y al Batllismo en un acto solemne de homenaje al jefe adversario. Pero tamién siento la emoción de hablar en un acto de homenaje al doctor Luis Alberto de Herrera, no sólo porque se conmemora su centenario con doce años de retraso, en virtud del impedimento aleve y menor de la dictadura, sino porque siendo el doctor de Herrera la representación más cabal para nuestra generación del partido adversario, y siendo quien a lo largo de su lucha actuó con intensidad, brío, inteligencia, constantemente y sin desmayo en la defensa de sus principios que no eran los nuestros, no cejamos nunca de ver —aún en lo más duro de la lucha y en lo más contradictorio de los principios que se sostenían— en aquel hombre, un verdadero patriota oriental. Además de ser un dirigente de su partido, era un hombre que sentía como una llaga viva a su patria, y a su modo y con sus convicciones, la sirvió con lealtad inalterable durante más de sesenta y cinco años.

El doctor Luis Alberto de Herrera nació en un hogar patricio y en una década asombrosamente fecunda para la historia de la República. Entre 1870 y 1880 nacieron un conjunto de mujeres y de hombres que agrandaron al país en el campo del intelecto, de la lucha política, de la expresión filosófica, de la expresión literaria, del arte y de la literatura. En esa década nació José Enrique Rodó, nuestro primer escritor, original ya desde las páginas de Ariel; nuestro primer filósofo Carlos Vaz Ferreira, igualmente original en el campo de la lógica; nuestro primer autor dramático, creador de la escena rioplantense, aquel bohemio genial, que se llamó Florencio Sánchez nuestras grandes poetisas María Eugenia Vaz Ferreira y Delmira Agustini; un hombre que encarnó en su persona la democracia en toda su virtualidad y su vitalidad creadora, don Tomás Berreta, que iniciando su vida desde los planos sociales más humildes —como él mismo lo dijo— pudo llegar, afirmando con ello la autenticidad de la democracia, a la primera magistratura de la República; nació el periodista de acción más extensa en el país, que fue asimismo un editorialista de extraordinaria fuerza de convicción, constitucionalista y parlamentaria brillante, el doctor Juan Andrés Ramírez; el gran poeta Julio Herrera y Reissig; el nacimiento que cierra la década es de uno de nuestros pensadores sociales más lúcidos, poeta y orador, abogado, decano de la Facultad de Derecho, tribuno parlamentario excepcional, el doctor Emilio Frugoni, cuya vida se puede levantar como un ejemplo para todas las generaciones orientales: y también nació Luis Alberto de Herrera, que sin perder tiempo y siendo un adolescente inició su lucha política contra Julio Herrera y Obes en aquellas hojas clandestinas que circulaban en Montevideo en los periódicos improvisados en los que no daba cuartel al adversario. Era un muchacho de 24 años cuando integró los 22 de Lamas que se incorporaron a la Revolución de 1897 que había iniciado Aparicio Saravia con su pronunciamiento del año anterior, cuya conciencia habían preparado en el país, desde las páginas de "El Día", don José Batlle y Ordoñez y desde las de "El Nacional", Eduardo Acevedo Diaz, a quien el doctor de Herrera siempre respetó y para el que nunca tuvo palabras condenatorias.

Luis Alberto de Herrera estuvo en la Revolución de 1897 y protagonizó episodios importantes de la política interna del Partido Nacional, como lo documenta Ricardo Paseyro en páginas de bronce, en su libro "Borda y Terra, pasado y presente", que publicó hacia 1935. Luego abandonó su destino diplomático para servir de nuevo con su partido en la Revolución de 1904.

Recuerdo una anécdota que me fue referida por un prestigioso ciudadano del Partido Nacional, el agrimensor don Gilberto García Selgas. En alguna de las charlas que todos los días teníamos en la Corte Electoral, contaba que en cierta oportunidad llegaron hasta el campamento del General Saravia, Luis Alberto de Herrera y Carlos Roxlo a pedir autorización para cruzar hasta Buenos Aires a fin de que el poeta curara una herida que accidentalmente se había producido en un pie. Con Saravia estaban los muchachos humildes de las familias campesinas que lo acompañaban. Cuando los dos jóvenes revolucionarios le plantearon la petición, Saravia la concedió diciendo: "No se olviden de éstos", señalando a los niños pobres de la campaña que estaban con él en el Ejército de la Revolución.

Después de la muerte del caudillo, sin duda el doctor de Herrera comprendió que habia que cambiar de táctica y se dedicó enteramente a la lucha civilista al pie del atrio comicial para llevar a su partido nuevamente al poder —como muy bien dijo a mi entender, el señor legislador Silveira Zavala— inspirado en esa estrategia. Desde entonces, sin una sola tregua, estuvo luchando en la nueva escena que le permitía la vida política culminando esa etapa de su vida no sin criticar antes, claramente, los pactos secretos que pudieron existir debajo del "acuerdo de los ocho" en la segunda Convención Constituyente. Culmina esa jornada cuando llega a la Presidencia del Directorio del Partido Nacional y abre las puertas de la casa común para que allí entre el pueblo, para que entren los nuevos ciudadanos del Partido Nacional a rodear sus tribunas y agitar sus tradicionales banderas de lucha.

Esos años de la Segunda Constitución en los que Luis Alberto de Herrera y Batlle se encuentran en el Consejo Nacional de Administración, le permiten a Herrera decir que el país con ese régimen, había sido gobernado como nunca antes lo había estado. En 1929 la muerte de Batlle bascula abruptamente la escena política, Batlle baja a la tumba rodeado del pueblo, llevado por el pueblo. "Como en un inmenso mar, —lo dice Rodríguez Fabregat— sosteniendo una proa, y bajo tierra uruguaya descansa y sobre tierra uruguaya contnúa". Pero la vida política sigue y después de treinta años, a quien le toca morir es al doctor Luis Alberto de Herrera. A decir verdad, se ha dicho que los primeros treinta años de la historia del siglo XX uruguayo, no se explican sin don José Batlle y Ordóñez; y muy difícil de explicar son los 30 años siguientes sin la acción que le tocó cumplir al frente de su partido, al doctor Luis Alberto de Herrera. Pero los quince años siguientes son los mas duros; son los de más intenso choque apasionado y vehemente entre los partidos tradicionales. En 1933 Luis Alberto de Herrera llega a un acuerdo con Gabriel Terra.

El primer quebranto de las instituciones de la nación se produce el 31 de marzo. El Partido Nacional se divide abismalmente en dos, y también lo hace el Partido Colorado. Esa división fue característica de nuestra historia. En general, al lado de una gran fracción del Partido Colorado hay un sector del Partido Blanco y junto a la mayoría del Partido Nacional suele haber un grupo del Partido Colorado.

En esa década, las divisiones también fueron de ese modo y culminaron en 1942 cuando el General Baldomir disolvió las Cámaras e inició un gobierno de hecho hasta el año siguiente.

Desde el punto de vista político, las dos principales innovaciones de la Constitución de 1934 fueron: que el Senado se integraría con quince miembros de la lista más votada y otros quince del lema que le siguiera en número de votos —cualquiera fuera la diferencia de sufragios— y la exigencia de que la mayoría absoluta de los inscriptos fuera la que pudiera aprobar un nuevo texto constitucional. Esto fue lo que determinó el choque entre Herrera y Baldomir, al mismo tiempo en que se iniciaba la 2ª guerra mundial, la tragedia más grande de la historia.

Comenzó entonces la lucha contra el doctor de Herrera, por principios contradictorios. El defendía ideas que nosotros combatíamos y que se alistaban dentro de una corriente de opinión que no era la nuestra. Como consecuencia, se produjeron reacciones en todo el país, que Luis Alberto de Herrera —con su gallardía habitual— enfrentó decididamente.

En esa época vi nuevamente al doctor de Herrera saliendo, en esa oportunidad, del Juzgado, donde había entregado un escrito iniciando acción contra un periodista que había utilizado calificativos agraviantes contra él, lo que no podía admitir. Anteriormente también lo había visto en otra expresión de su espontaneidad natural. Acompañando al señor Berreta, en cierto episodio suscitado en Montevideo, vimos el momento en que llegó Luis Alberto de Herrera y se confundió en un abrazo fraterno con el doctor Domingo Arena. Era un hombre que, por encima de la controversia política, tenía ese sentido de la aproximación personal.

Combatimos sus inconmovibles principios de libre determinación de los pueblos y de no intervención, frente a la amenaza que representaba la segunda guerra mundial, de la misma forma que combatimos las convulsiones históricas extraídas de su magistral y agotadora obra de revisión. Al final, tal como nosotros lo entendemos, es una obra legítimamente polémica, en defensa de ángulos de opinión y de puntos de vista con respecto a sucesos del pasado. Es enteramente respetable, pero perfectamente controvertible y, naturalmente, controversial. Al fin de cuentas, así tendrá que irse escribiendo la historia política, en medio de controversias, críticas, luchas, pasiones y desentendimientos.

A esa edad, Luis Alberto de Herrera había cumplido una vida en la cual logró conquistas verdaderamente positivas para su partido y, en la década siguiente, culmina su acción política y llega a un acuerdo con el nuestro. En 1933 había pactado para sacar el Colegiado; en 1951 llega a un convenio para volver a él y en 1958 hará un nuevo acuerdo, buscando sacarlo otra vez.

Llega al Consejo Nacional de Gobierno y desde él realiza una oposición vehemente y apasionada pero también gallarda, sin una sola desviación ni debilidad, contestada por el abanderado de nuestro partido que ocupaba allí su cargo, don Luis Batlle Berres, de la misma manera que en el Parlamento compiten, acremente, blancos y colorados.

En ese momento, Luis Alberto de Herrera obtiene la culminación de su carrera con la victoria electoral de 1958. Aliados, la Liga Federal de Acción Ruralista y el Partido Blanco Independiente, van a votar bajo el lema histórico consiguiendo acceder al poder con una victoria sin precedentes.

¿Qué hace Luis Alberto de Herrera cuando se entera de ese triunfo? Va a la tumba de su padre para depositar sobre ella la flor simbólica del recuerdo, probablemente henchido de satisfacción por lo que pudo entender era un deber cumplido.

Le rendimos ahora este homenaje, no sin recordar que en la época en que Luis Alberto de Herrera había llegado, quizá, a la etapa más alta de su accionar político que fue cuando conquistó el gobierno del país, también tuvo que pasar horas de intensa amargura. Había conseguido lo que el fundador de su partido no pudo; logró lo que Bernardo Berro, Leandro Gómez y el propio Aparicio Saravia no habían podido conseguir: llevar nuevamente su partido al poder. Se aprestó, entonces, a la nueva lucha que se le planteaba; pero la vida no le dio tregua y se preparó para morir sin abandonar, en ningún momento, las consignas de su lucha.

En este instante recordamos a este patricio, a este conductor, a este caudillo que, en las horas más importantes de su vida política, encarnó positivamente las ideas, principios y aspiraciones, exactamente contrarias a las nuestras. A él le rendimos hoy el homenaje de nuestro recuerdo emocionado, porque a pesar de los años transcurridos —o quizás por ellos— ocupa ahora un puesto de significación tan especial, y ubicado tan alto, que se necesita una gran fuerza de opinión y una gran heráldica histórica para poder alcanzarlo.

Nuestra devoción por Batlle jamás nos ha impedido ver las grandes gestas de la historia nacional, los grandes acontecimientos que han ido jalonando la creación de la República.

No tenemos odio; nunca hemos tenido ese sentimiento inferior y menguado. No odiamos a los que están vivos y menos aún a los que ya no están con nosotros. No sentimos odio partidista. Creemos en la divisa clásica como verdadera norma y paradigma de nuestra conducta, porque se ha dicho que los odios históricos, como la ojeriza de Dios, son una insensatez ya que van contra el infinito o la nada.

Al caudillo del Partido Nacional, al conductor de las multitudes blancas, al héroe adversario, nuestro partido, por mi modesto intermedio, hoy le rinde tributo y abate circunstancialmente sus banderas de lucha para confundirse en un abrazo estrecho con los colegas, compañeros de contienda, del Partido Nacional.

Al presentar estos sentimientos, el Partido Colorado repite con emoción que es su homenaje a un gran blanco, que fue también un gran patriota oriental: al doctor Luis Alberto de Herrera.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR BATLLE. — Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE. — Aún quedan dos oradores inscriptos para hacer uso de la palabra.

SEÑOR BATLLE. — Deseo formular una moción.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor legislador.

SEÑOR BATLLE. — He pedido la palabra para formular moción en el sentido de que al concluir la lista de oradores, el Cuerpo decida realizar una publicación con todos los discursos pronunciados en el día de hoy en memoria y homenaje a don Luis Alberto de Herrera.

SEÑOR PRESIDENTE. — Se toma debida nota de la moción. Tiene la palabra el señor legislador Santoro.

SEÑOR SANTORO. — Señor Presidente: en el día de hoy vivimos la emoción, la tensión, y la formidable espiritualidad que significa evocar la presencia del doctor de Herrera en la civilidad oriental. Nosotros, que ocupamos estas bancas junto a otros distinguidos legisladores aquí presentes reconocimos, admitimos y vivimos la Jefatura de Luis Alberto de Herrera; nosotros que ocupamos estas bancas, aquella noche aciaga en que llegó a esta Casa la noticia de que Herrera había muerto, hoy participamos de este acto de la Asamblea General que rinde homenaje a su memoria y que no se pudo cumplir en oportunidad de celebrarse el centenario de su nacimiento, porque estábamos quebrados por la dictadura en nuestra civilidad y en nuestra civilización política.

En esta ocasión podemos gozar con plenitud, vivir en toda su grandeza el hecho de sentirnos y de sabernos herreristas. Herrera está presente entre nosotros en toda su inmensidad de patriota porque hoy se le rinde tributo, no sólo por parte de los herreristas, de los nacionalistas y de los blancos, sino también por aquellos que fueron sus adversarios, los colorados, y por quienes integran nuevas conformaciones políticas en el país.

El doctor de Herrera está ya definitivamente incorporado a la condición de patriota, de prócer y de oriental, como a él le gustaba decir.

Cuando participamos de este acto y oímos tantas expresiones favorables con respecto a la vida, al hombre, al ser, a la acción, a la lucha, al coraje, a la decisión y a la capacidad política de Luis Alberto de Herrera, creemos que ha llegado el momento de hacer una referencia sobre su persona y la libertad. Si Herrera no hubiera tenido un concepto tan absoluto, pleno, definitivo y fundamentado sobre la libertad, no hubiera podido efectuar la obra inmensa que realizó en la vida política del país ni hubiera podido concitar un acto de homenaje como el que hoy se le tributa.

Hacemos esta referencia acerca de esta figura y la libertad porque creemos que toda su lucha, toda su larga y fatigosa lucha —que fue combate— por mejores logros para el país, estuvo orientada hacia la conquista de esa libertad. En este momento queremos referirnos a un episodio menor, pero que tiene que ver con la libertad y Luis Alberto de Herrera. Hace doce años, junto con un grupo de legisladores —Luis Alberto Lacalle, Carlos Rodríguez Labruna, Oscar López Balestra y Miguel Angel Galán— éramos liberados de la prisión a que nos habíamos visto sometidos. El director del centro en que nos hallábamos detenidos nos comunicó que íbamos a ser puestos en libertad y que, por ser la fecha en que se conmemoraba el natalicio de Herrera, consideraba muy oportuno el comunicarnos nuestra liberación. Terminó su exposición señalando, a manera de pregunta: qué hubiera hecho el doctor Luis Alberto de Herrera ante una situación como la que se vive en Uruguay en estos momentos. A esto respondimos rápidamente: que no podíamos imaginarnos qué hubiera hecho él ante una situación similar, pero lo que sí podíamos decirle es que Herrera nunca hubiera concebido a Uruguay carente de libertad, tal como se hallaba en esos momentos.

Es por esto que señalamos que a la figura de Herrera hay que vincularla, permanentemente, con el concepto de libertad. Para ello hay que buscar la forja de sus ideas, sobre las que tuvieron enorme incidencia prestigiosos pensadores que le permitieron elaborar su posición doctrinaria de carácter político y su actitud frente al concepto de libertad. Su libro relativo a Sudamérica y a la Revolución Francesa —esencial para llegar a un conocimiento cabal de su pensamiento— señala su posición respecto a la influencia de esa rebelión sobre nuestro continente sudamericano.

Y allí dice con claridad: "acentuando nuestras deficiencias orgánicas: han sido las ideas absolutas de la Revolución Francesa, sus fanatismos demoledores, sus quimeras y sus propósitos abstractos de fraternidad universal y de derechos ilimitados, los factores morales indirectos de nuestra anarquía endémica que ahora empieza a batirse en retirada".

Herrera consideró siempre que en América se habían incorporado de pronto, en tropel, las ideas de la Revolución Francesa y, como él lo decía, quisimos leer antes de saber deletrear.

Herrera consideró, formuló y desarrolló siempre su posición en el sentido de que la demagogia, el fanatismo, el desborde de los poderes, el dogmatismo, generaban una anarquía, generaban la dictadura, generaban una disminución de la libertad, de su concepto, de su formulación, de su alcance y de su mensaje. Por eso fue siempre firme a un derrotero procurando y buscando obtener para el país, en el orden político, la mayor dimensión de las libertades, consagrándolas también en forma esencial para todos los orientales.

A Herrera, en este aspecto, se le puede considerar en todos los órdenes como escritor, como ensayista, como sociólogo, como historiador, como político, como caudillo, como conductor, como hombre de pueblo. Pero nosotros estimamos que debe enforcarse a Herrera, para comprenderlo, en toda su realidad de lucha por la libertad y más concretamente por la libertad política, y más aún a Herrera procurando mantener en plenitud la majestad del sufragio. Siempre creyó, soñó y luchó para que el sufragio alcanzara la mayor de las purezas y para que todas las contiendas políticas se resolvieran a través del voto.

En ese aspecto corresponde que se analice a Herrera cuando ya en 1904 señaló severas críticas a lo que él denominó la "Ley del Mal Tercio". Continuó su lucha por el sufragio en 1910 y en 1912 enfrentando a los hombres que, dentro de su partido procuraban mantenerlo en abstención. En 1918 mantiene su decisión y se pronuncia en el sentido de que sólo a través del sufragio puede alcanzar el país posibilidades de evolución y de cambio. Y su posición se mantiene incólume porque, aún adentrado ya Uruguay en etapas donde el sufragio era reconocido, donde el voto era admitido como único instrumento hábil para resolver los problemas y los conflictos políticos, Herrera da su propia conformación política dentro del herrerismo y procura superar las normas que regulaban el doble voto simultáneo.

Así lo hace en 1936, promoviendo proyectos a los efectos de que no se acumulen los votos por sublemas para las candidaturas a la Presidencia y Vicepresidencia de la República. También posteriormente en 1938, lo que está indicando una actitud de Herrera en procura de alcanzar para el sufragio la más seria de las formulaciones y la mejor de las posibilidades. Y lo hace posteriormente, vigente ya la Constitución de 1942, cuando levanta en actitud de verdadero conductor, de verdadero estratega de la política, los emblemas de las Uniones Vecinales, para darles a los gobiernos municipales la posibilidad de que accedan a él los buenos vecinos de cada departamento.

Herrera está así cumpliendo, firme y denodadamente, con su idea de libertad política. Y lo vemos luego en sus años, para nosotros más hermosos, cuando enfila a su partido hacia el triunfo, en 1957 y 1958, pregonando la elección de Presidente sin lema. Creo que está allí culminando su decisión política sobre la libertad. Está siendo fiel a su idea primera expresada en 1910 y aún antes, lo que indica que este hombre, que para muchos resultó contradictorio, para otros oportunista, para algunos también un simple baqueano de la vida política del país, fue un hombre de pensamiento, de ideas, un hombre de realidades, pero fundamentalmente un hombre de orientación y conformación de pensamiento.

Por eso decimos que Herrera aparece —y lo es naturalmente— como un hombre patrio; confluyen en su personalidad distintos momentos y circunstancias que pueden aparecer como contradictorias, variables o inexplicables; pero a pesar de lo circunstancial, de lo momentáneo, de lo pasajero, mantiene inalterable un derrotero, un pensamiento, una ideología. En ese aspecto Herrera debe merecer todo el homenaje, la admiración, la fe y la entrega de los uruguayos, porque fue en este país un auténtico y verdadero soldado de las luchas civiles. Tenía una especial predilección por los que trabajaban en las luchas cívicas. Al desconocido ciudadano, al modesto ciudadano le llamaba "Heraldo del civismo". Señalaba a todos la virtud de lo que significaba ese trabajo callado de los que luchan por el sufragio y por la concreción del mismo. Por eso señaló que el advenimiento del sufragio ha transformado a fondo nuestro civismo sentenciando con voz que hoy tiene tono particular y especial eco, que no hay otro árbitro para discernir y dirimir las diferencias que las urnas, y sólo el sufragio afianzará nuestra aventura.

En estas expresiones está presente el Herrera que conoció este país; el Herrera que todos nosotros conocimos; el Herrera que construyó, como factor fundamental, la vida cívica del Uruguay. De ese contexto, de esa expresión, de esa conformación apareció el Herrera antiimperialista, y allá también estaba presente su sentido de la libertad. Y surgió el Herrera contrario a toda intervención, porque estaba definida su idea de libertad. Herrera estaba por encima de las motivaciones partidarias; quería la confluencia y el entendimiento de todos los orientales y allí también estaba presente su idea de libertad.

Por eso hoy podemos decir que el homenaje que esta Asamblea General rinde a Herrera es el que él realmente merece, porque aquí estamos representadas todas las fuerzas políticas del país y esa representación se ejerce por obra, por instrumento y por ejercicio del sufragio, de ese sufragio libre, limpio y puro por el que siempre luchó Herrera. Por eso, reitero, éste, es el justo homenaje que Herrera se merece porque aquí han hablado hombrs libres, elegidos libremente al estilo y en la forma por la que siempre luchó Luis Alberto de Herrera.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR RODRIGUEZ CAMUSSO. — Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor senador.

SEÑOR RODRIGUEZ CAMUSSO. — Señor Presidente: con la versación reconocida el señor legislador Jaurena ya adhirió a este homenaje en representación de la totalidad del Frente Amplio. Sin embargo, siento la necesidad de dejar una muy breve constancia personal. En el día de hoy, la memoria de Herrera ha sido homenajeada, valorada y reconocida por quienes han seguido su pensamiento y su acción y, por quienes los han enfrentado y luchado duramente contra ellos. También puede ser homenajeado por quienes hemos tenido y mantenemos hondas coincidencias con su trayectoria y pensamiento y, simultáneamente, profundas divergencias con ellos.

Con sentido de la perspectiva no imagino que ubicar a Herrera como un intérprete estricto de nuestra modalidad y nuestro tiempo. El vértigo de los acontecimientos hace con frecuencia que el ayer más cercano pueda diluirse en sus contornos e inclusive en su esencia. Contra esto, naturalmente, debemos precavernos

En el día de hoy queremos homenajear al Herrera de su tiempo, al Herrera de su sociedad, al Herrera de su Uruguay, a aquél que, siquiera en sus postrimerías, en nuestros años jóvenes llegamos a conocer y vivir. Queremos homenajear al Herrera militante que a los 17 años de edad repartió —también él y también en aquellos tiempos— panfletos clandestinos, uno de los cuales descubrió por casualidad su propio padre. Sesenta y nueve años después, octogenario largo ya, continuaba diciéndole sí a la lucha y no al tiempo. Hasta los últimos días de su existencia militó ardorosamente en defensa de sus ideales y de sus convicciones. También queremos homenajear a aquel Herrera que en tantos conceptos se adelantó a su tiempo y de quien podríamos destacar múltiples ejemplos. Recordamos al Herrera que en 1905 con Carlos Roxlo y Julián Quintana contribuía a marcar un sendero de legislación obrera, no siempre recorrido por nuestro país ni por su propio partido; recordamos a aquel Herrera que muchas décadas atrás, en las postrimerías de nuestro siglo, determinó el horror y el espanto de tanta gente, adelantándose también a su tiempo y votando favorablemente una ley de divorcio, entonces tan controvertida y hoy definitivamente incorporada a lo más elemental de nuestra civilización.

Queremos homenajear al Herrera historiador —no sé si por vocación— que se levantó contra una historia hecha desde el éxito, desde el triunfo; contra una historia que todavía hoy tiene al Uruguay sin un departamento ni una avenida que se llame "Leandro Gómez". Herrera se levantó con lo suyo, con su pensamiento, con sus documentos, con su historia y con su imaginación y enseñó a más de una generación de orientales lo que fue la Guerra Grande, la Presidencia de Oribe y de Bernardo Berro, la muerte heroica de Labandeira con una urna en la mano, defendiendo el derecho a expresarse con libertad. Ese es el Herrera al que sentimos la necesidad de homenajear.

También queremos rendir homenaje al Herrera pueblo, que hoy sería una vulgaridad pero que en su tiempo estuvo muy lejos de serlo; al Herrera que no hizo política en los cenáculos pequeños, ante una docena de privilegiados, aprendiendo de memoria los apellidos de las familias patricias. Queremos recordar al Herrera que recorrió caminos de barro, que llegó a los ranchos, que abrazó a los más humildes, pero no por demagogia porque si en mi vida he conocido un antidemagogo, éste fue Herrera. Herrera llegó a esa gente porque la quiso, porque la sintió y la interpretó con su medida, con sus ideas y estilo, pero la quiso, la interpretó y respetó.

Todas las veces en que ví a Herrera —y fueron muchas— tratar con dureza a la gente, siempre se trataba de dirigentes, nunca de militantes humildes a quienes dirigió invariablemente su mano tendida, su afecto, su cariño, su comprensión y solidaridad.

Queremos homenajear al Herrera revolucionario, a a aquel que supo en su tiempo —como lo saben hoy otros en diversas latitudes del mundo— que hay instancias no buscadas en las que se terminan las formas del diálogo y de la paz y en las que no hay más remedio que recurrir a las armas para resolver diferencias. El lo supo y lo practicó en términos y con un lenguaje que no queremos que vuelvan a nuestro país. Sin embargo, en aquel tiempo, junto con muchos compatriotas, sintió la necesidad de hacerlo y lo hizo sin mandar a otros al frente; fue él y ocupó posiciones de extremo riesgo y peligrosidad.

También tributamos nuestro homenaje al Herrera periodista, de títulos elocuentes aunque breves, el periodista implacable, el de las definiciones que han trascendido las décadas. Todavía hoy —aunque ésta no es la instancia para discutirlo— cuando se examinan hechos de la historia nacional aún no totalmente esclarecidos, aún no totalmente ventilados, con la necesaria objetividad, fundamentalmente de la primera mitad de la década del 30, vemos que muchos de esos hechos subsisten, se explican, se discuten y se interpretan con definiciones, con frases, con títulos y con aceradas manifestaciones que responden a la pluma y al pensamiento de Herrera.

Quiero decir también de mi homenaje al anti-imperialista, al hombre que nunca se refugió en las causas fáciles, al hombre que enfrentó siempre todas las dificultades, cuanto más unánimes mejor; al hombre que más de una vez quedó casi solo ante la opinión nacional e, inclusive, internacional; al hombre que en una confrontación entre imperios defendió la patria chica, y lo hizo con altivez y sin transigencia de especie alguna, ni con la popularidad, ni con el aplauso, ni con el eco informativo, ni con la comprensión de las mayorías. Y un día, hace 45 años, señor Presidente, tengo que decir que sentí una de las emociones más profundas y entrañables de mi vida, cuando Herrera, adelantándose medio siglo a su tiempo, dijo: "Sí, allá ellos". Y marcó a los rubios del norte, de ayer, de hoy y de siempre, con el signo indeleble de una calificación que permanentemente los imperialistas han merecido.

Mi homenaje, sí, señor Presidente al Herrera blanco, blanco como muchos podemos sentirlo, algo que va más allá de los lemas, más allá de las concepciones sociales, religiosas o económicas, que va más allá de los estilos políticos y de los modos de expresión; algo que está en la raíz entrañable del ser nacional y sin lo cual ese ser nacional no lo sería.

Por indoblegable, por rebelde, por auténtico, por constante, hasta por contradictorio, inclusive, en muchas de sus cosas, aquel Herrera que conocimos cuando niños, aquel Herrera que admiramos y acompañamos en nuestra primera juventud, aquel Herrera que hemos respetado y continuaremos respetando siempre, aquel Herrera enseñó lo que es la entraña viva, palpitante y espiritual del ser blanco, del sentirse blanco como interpretación histórica del país, como expresión de la raíz de la nacionalidad.

Ante las memorias venerables, ante la trayectoria de hombres como él, rendimos nuestro homenaje. No importa que sea de este sector o de aquél, de un sector que sigue en su Partido, de un sector que nunca lo integró o de quienes habiendo estado en él, un día sentimos contradicciones o diferencias que nos hicieron alejar, pero manteniendo íntegros nuestro respeto y nuestra veneración hacia valores sin los cuales nuestra nacionalidad no sería ni aproximadamente lo que es.

El día en que —no importa cuándo ni cómo— todo el Uruguay tenga que elegir las cinco o seis figuras más importantes, más trascendentes, más significativas, más permanentes, más hondas de su historia, estoy seguro que Luis Alberto de Herrera tendrá allí un sitio ejemplarmente ganado, con dignidad, con consecuencia, con devoción, con talento y con amor por su pueblo.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor legislador Lacalle Herrera.

SEÑOR LACALLE HERRERA. — Señor Presidente: obvias son las razones que nos llevan a decir unas pocas palabras en esta sesión solemne de la Asamblea General. Hemos pensado que no podíamos agregar aquí términos que no fueran vivencias personales. Han estado

en boca de otros señores legisladores los juicios, los relatos, las aseveraciones de aquellos que, de un lado o del otro de la trinchera, participaron en la vida política.

Oíamos al señor legislador Santoro hacer referencia a acontecimientos vividos el 22 de julio de 1973. En esa fecha, en horas del mediodía, en el recinto por cierto chico en que estábamos presos los legisladores por él mencionados —y sin saber que íbamos a ser liberados— y en el acto con menos gente pero más emotivo que recuerdo, nos paramos frente a la mesa, que era la única decoración de ese cuarto, y todos dijimos un pequeño discurso. Estoy seguro de que ése fue uno de los homenajes que más le hubiera gustado al propio doctor Herrera, porque allí estábamos por ser duros de boca, como él hubiera expresado. Eramos muy pocos y estábamos en circunstancias extremas, a las que habíamos llegado por considerar que al pie de las opiniones hay que poner la probanza insustituible del riesgo personal.

Evocábamos ese homenaje y decíamos que en esa circunstancia no hubo Asamblea General pero sí discursos de hombres libres, de nacionalistas, de dirigentes políticos. Pero de todas maneras, la evocación y la celebración de una Asamblea General, era una deuda que tenía el país con el doctor Herrera, porque éste es el mejor homenaje para el que se haya batido en la lucha política y partidaria. Más allá del bronce, de las nominaciones, de ser incorporado al nomenclator, lo que importa es que en el ruedo se haga una pausa, cese la hostilidad y todos y cada uno de los luchadores levanten sus armas para recordar a uno, esencialmente luchador.

No podemos, pues, agregar juicios históricos. Podríamos aportar vivencias lejanas para nosotros y muy cálidas de los años primeros, de la época en que todavía era él, para nosotros, solamente parte del paisaje familiar; haber recordado que un día, junto al piano de la quinta de Larrañaga, nos hizo saludar a un hombre que era don Luis Batlle Berres; haber recordado los días felices transcurridos en su compañía, cuando llegábamos con los cuadernos escolares como regalo de cumpleaños y recibíamos un sacudón y un abrazo.

Pero un día también, señor Presidente, para nosotros se produjo la trasmutación en la consideración. Aquel hombre, parte del paisaje familiar, se conviritió, para nosotros, en un dirigente político. Lo advertimos quizás demasiado tarde y en la gira de 1958 compartimos jornadas que han quedado indeleblemente grabadas en nuestro recuerdo y en nuestro corazón.

Quiero rescatar dos de ellas, señor Presidente.

Cierto día, en un estrado, una joven señora vino con su hija, ataviada de blanco y con el tradicional ramo de flores para obsequiárselo; pidió el micrófono y dijo: "Doctor Herrera: mi abuela vio pasar los ejércitos revolucionarios y a usted, en estos mismos pagos, le dio una flor. Más tarde, en 1922, lo hizo mi madre. Yo lo hice unos años atrás y hoy le traigo aquí a mi hija". Cuatro generaciones fueron a darle el testimonio de adhesión y de afecto.

Otra tuvo lugar en ocasión de entrar a Rivera, cuando el ómnibus apenas podía abrirse paso entre la multitud, entre las caballerías, entre el vivac y las banderas; fue entonces que un paisano joven, con riesgo de su vida, metió el caballo entre la cuneta y el ómnibus, le tomó la mano, lo miró a los ojos y le dijo: "Viejito, salvá al país, por favor", como si en sus manos estuviera la posibilidad de hacerlo.

Más tarde, señor Presidente, pasado el momento de la victoria —efímera como todas— nosotros lo amortajamos en la noche del 8 de abril, para vivir después el que fue, sin duda, el plebiscito de un muerto, en aquella expresión popular que este Palacio y todo Montevideo vivieron.

Señor Presidente: he querido rescatar lo que son mis vivencias de mi Herrera intransferible, a quien a partir de ese momento he procurado servir, no como pariente, sino como blanco y como nacionalista.

Siempre me ha gustado, a efectos de evocar, quizás, su permanencia en el espíritu nacional, lo que alguien relató en uno de los homenajes y que constituye una anécdota conocida.

Se dice que un día el Rey de Francia, acompañado de sus condestables, recorría la campiña y recordó que sobre una colina se alzaba antes un molino. Preguntó por qué no estaba más el molino en aquella colina y uno de sus condestables dijo: "Ha sido demolido, Sir, pero el viento que movía sus aspas aún sopla por los campos de Francia".

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

7) SE LEVANTA LA SESION

SEÑOR PRESIDENTE. — Agotada la lista de oradores, se levanta la sesión.

(Es la hora 21 y 38 minutos)

Dr. ENRIQUE TARIGO
Presidente

Dn. Mario Farachio
Dn. Héctor S. Clavijo
Secretarios

Sra. Alba E. Rubio
Encargada del Cuerpo de Taquígrafos del Senado